

La formación del hombre en el pensamiento martiano

Graciela Urías
Arboláez

La estrategia educativa martiana, encaminada a la formación y el mejoramiento humano, se sustenta en la «originalidad creativa» de nuestros pueblos, por ello no ha de asombrarnos que el Apóstol concibiera diferentes vías para educar al hombre, entre las que se encuentran: la educación escolarizada, la educación no escolarizada, la educación a distancia.¹

Estas alternativas tienen completa vigencia y actualidad. Las dos primeras son formas de organización del proceso pedagógico en la Educación Avanzada, la educación a distancia se considera una tecnología de este nivel de enseñanza que aunque el Apóstol no la conceptualizó de esta forma, sí la puso en práctica en su quehacer pedagógico.

Es necesario señalar que para la fundamentación de las diferentes alternativas pedagógicas partimos de la concepción del Apóstol sobre la formación del hombre.

La educación escolarizada

Las ideas pedagógicas martianas para la creación de un sistema escolarizado de educación para niños y jóvenes son abundantes, y tienen un sólido fundamento psicológico.

Martí expresa: «que los cursos de enseñanza pública sean preparados y graduados de manera que desde la enseñanza primaria hasta la final y titular, la educación pública vaya desenvolviendo, sin merma de los elementos espirituales, todos aquellos que se requieren para la aplicación inmediata de las fuerzas del hombre a las de la naturaleza». (VIII, 278)²

¹ Justo Chávez: *Acercamiento necesario al ideario pedagógico de José Martí*, MINED, La Habana, 1990.

² Todas las citas señaladas pertenecen a José Martí: *Obras completas*, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963-1965. (Tomos y páginas con números romanos y arábigos, respectivamente, tras las citas.)

Es decir, aboga por la necesidad de establecer un lógico y coherente sistema de estudio para la enseñanza pública, donde los primeros elementos de la educación preescolar sirvieran de base a la enseñanza elemental y así sucesivamente hasta la enseñanza superior, con un carácter sistemático. La enseñanza debe ser gradual en su complejidad, donde se enseñe al niño de elementos simples a elementos más complejos, y sea a su vez «continua y constante...» (VI, 260), de lo contrario, la educación no llegará a cumplir sus objetivos básicos.

Otro elemento importante por el que aboga el Maestro en todos sus escritos sobre educación y que se convierte en una generalidad de su ideario pedagógico, es el relacionado con el sentido realista y práctico que debe tener la enseñanza organizada por la escuela.

El proceso de enseñanza debe estar organizado de forma tal que el niño vivencie el contenido, que las clases sean eminentemente prácticas, en contacto con la naturaleza, con la realidad, con lo autóctono de su país, de su región, de su historia, solamente así se puede formar un hombre que responda a las necesidades de la sociedad. En enero de 1894 escribe: «... las escuelas deben volverse del revés; del banco de sentarse debe hacerse banco de herrador o carpintero: del puntero de pizarra debe hacerse arado [...] y la mente de los niños vea las ideas vivas en la naturaleza, y no disecadas». (III, 314)

Nótese cómo Martí insiste en la necesidad imperiosa, para los pueblos, de cambiar su enseñanza y otorgarle un sentido más práctico y científico, que se encamine a la satisfacción de los problemas reales. Si los países latinoamericanos son eminentemente agrícolas, entonces se debe educar al hombre para el trabajo en los campos y no solo para la vida en las ciudades, donde tal vez no encuentren posibilidades para aplicar en la práctica los conocimientos aprendidos en las escuelas. Es decir, el Apóstol posee una avanzada visión de los problemas reales de nuestros pueblos y proyecta la organización de la escuela con un sentido moderno e incluso muy vigente a las puertas del siglo XXI.

Además, plantea la fundamentación psicológica del principio vínculo de la teoría con la práctica, pues esclarece que el conocimiento del hombre debe apoyarse en el objeto real, el alumno debe contactar directamente con el objeto del conocimiento, en ello radica la fuente del desarrollo intelectual y del pensamiento.

En esencia, reconoce la unidad de lo sensible y lo racional como principio del conocimiento humano, al respecto señala: «Tenemos que para conocer es necesario examinar; que la fuente más creíble de la verdad es nuestro propio examen; que el examen; medio seguro de conocer la aplicación de nuestra aptitud de conocer a la cosa conocible: Observación, y el pensamiento sobre lo observado: reflexión.» (XIX, 362). Como vemos resalta el papel del conocimiento sensible a través de la observación como criterio para verificar el conocimiento y elemento primordial para poder llegar a un análisis, una reflexión sobre el objeto cognoscente.

Por otra parte, este análisis lo realiza vinculado a la formación de lo afectivo-motivacional en el hombre, elemento que constituye un rasgo esencial de su pensamiento psicológico y pedagógico.

Hace referencia directa al vínculo inevitable que debe existir entre la educación, la estructuración de la escuela y los problemas sociales que se encamina a resolver. La relación entre estos elementos, recibe el nombre de «pertinencia social».

El Maestro realiza una fuerte crítica a la escuela tradicional que no enseña sobre los presupuestos de la satisfacción de las necesidades sociales y personales del hombre, que además no se apoya en los descubrimientos y adelantos científico-técnicos, que no está al servicio del progreso y donde prima el tradicionalismo, la escolástica, el estancamiento.

Son sus escritos comparaciones vívidas de los sistemas docentes retrógrados presentes en muchos pueblos latinoamericanos, con el progreso dinámico de la enseñanza en países de «espíritu renovador». Y no solo compara sus sistemas en general, también insiste en las especificidades de los métodos que emplean en la enseñanza, en cuanto a los programas establecidos, en los diferentes tipos de enseñanzas que se desarrollan, entre otros muchos aspectos.

Martí concibe el proceso de aprendizaje que se desarrolla en la escuela, conducido por un hábil preceptor, encargado de la formación de hombres, y que influya sobre los alumnos en todas las esferas de su personalidad, en lo intelectual, lo moral, los sentimientos y la voluntad. Sobre este aspecto nos señala en su artículo «Revolución en la enseñanza»: «maestros vivos y útiles que puedan enseñar la composición, riquezas y funciones de la tierra, las maneras de hacerla producir y de vivir dignamente sobre ella, y las noblezas pasadas y presentes que mantienen a los pueblos, preservando en el alma la capacidad de apetito de lo heroico». (III, 314)

El maestro debe distinguirse por su cultura, por su educación, por la pureza de sus ideales y sentimientos, su lenguaje correcto y agradable y sobre todo, por ser un ejemplo de integridad y nobleza.

Otro de los principios que rigió su labor como maestro fue la flexibilidad. El maestro no debe imponer criterios, suyos o de libros, o convertir a sus alumnos en repetidores mecánicos, ni ejercer el papel de inquisidor desmedido que «Así rapan los intelectos como las cabezas» (XI, 85), debe aspirar, por el contrario, a que el educando de cualquier edad, desarrolle la lógica de su pensamiento, buscando nexos, causas, elementos probatorios, que el mismo alumno «encuentre» nuevos conocimientos porque «No se sabe bien sino lo que se descubre» (XX, 213), esa es la función del maestro, la de servir de orientador en el camino hacia la verdad, hacia la formación de convicciones en sus discípulos.

El proceso de enseñanza para Martí se corresponde con un modelo muy especial de comunicación entre el maestro y los alumnos. No ve al maestro como un simple emisor y al alumno como mero receptor, por el contrario, expuso la necesidad de que los alumnos participen activamente en el proceso del

aprendizaje, en el proceso de apropiación del conocimiento, considerando que en la clase el diálogo es mejor que el monólogo. «La conferencia es monólogo y estamos en tiempos de diálogo. Uno hablará sobre un tema, y todos luego preguntarán y responderán sobre él». (II, 16-17)

Este modelo comunicacional es esencialmente democrático y participativo, por ello sugiere al maestro, de forma precisa, que cuando tenga necesariamente que monologar en la clase, permita al alumno, al menos mentalmente, dialogar con él empleando un lenguaje bello, pero sin excesos ni adornos innecesarios, que cada palabra lleve en sí un significado, un mensaje, que sea no solo forma, también sea esencia, porque «la manera de decir realza el valor de lo que se dice». (VI, 235)

No pasa inadvertido para nosotros, el evidente tratamiento de recursos psicológicos empleados por Martí en su concepción de las clases orales, también observamos el manejo que el Maestro hace de procesos tales como la atención, la imaginación, la memoria, el pensamiento, los sentimientos, entre otros aspectos de la personalidad de los alumnos.

En esencia, en su concepción de enseñanza escolarizada, el Apóstol aboga por aplicar elementos claves que se convierten en fundamentos psicológicos importantes del proceso pedagógico cubano, tal es el caso de la sistematicidad en la enseñanza, la vinculación de la teoría con la práctica y la formación de valores; la científicidad de la enseñanza, la flexibilidad en la labor del profesor, el estímulo de la independencia cognoscitiva y la comunicación profesor-alumno.

La educación no escolarizada

Con ese sentido realista y práctico que caracterizó toda su corta existencia, Martí percibió con claridad meridiana que, tanto en el campo como en la ciudad, los adultos necesitaban instrucción, aunque esta no debía concebirse de la misma forma que la enseñanza destinada a los niños y jóvenes en sus escuelas.

Desarrolló, como uno de los elementos más significativos de su estrategia educativa, en la Sociedad patriótica y de instrucción de la ciudad de Nueva York; los Lunes de la Liga, donde se reunía con los humildes trabajadores cubanos, para darle clases originales, donde todos participaban, preguntaban y aprendían de los vastos conocimientos del Maestro Martí. Son estos «Lunes de la Liga», ejemplo clásico de educación continuada o permanente, desarrollada a través de la concepción de un sistema funcional e informal de enseñanza no escolarizada, que se regula por principios, no coincidentes necesariamente con los preconizados para la enseñanza escolarizada.

Los «Lunes de la Liga» son también una muestra elocuente de la flexibilidad de Martí en su labor como maestro. En artículo publicado en el periódico *Patria*, en junio de 1895, es decir, poco después de la caída en combate de José Martí, el patriota puertorriqueño Sotero Figueroa, recordaba al Apóstol

como maestro de humildes trabajadores cubanos, emigrados en Nueva York, al respecto señaló: «Corregía sin herir, era firme sin ser arrogante; pronto en el elogio, tardo en la censura, y maestro benévolo y eficaz para sus hermanos los obreros, como lo prueban sus lecciones inolvidables a los beneméritos discípulos de la Liga».³

Por otro lado, este sistema tiene como punto de partida e incluye a la vez, la alfabetización del adulto que está concebida para todos los miembros de la sociedad sin distinción de razas, clases o sexo. Martí previó la necesidad de la existencia de los «Maestros ambulantes» como una forma posible, no la única, de solución práctica a los problemas educativos e instructivos de la enseñanza en los países agrícolas y pobres, como nuestros pueblos de América, donde «El maestro tiene que ir a aquellos que no pueden ir al maestro». (III, 314)

La población rural debía instruirse a través de estas escuelas ambulantes, considerándolas esencial para remediar la ignorancia del campesinado; sin embargo, esta educación tiene un carácter muy funcional, utilitario y práctico. Los maestros de estas escuelas debían enseñar haciendo, demostrando, en el surco, con el arado, por ello apunta: «No se envíen solo entre los indios, ni entre gente de campo, maestros de letras [...] Envíese maestros agricultores y artesanos» (X, 327).

Especial insistencia, cuando analizamos el modelo educativo martiano, encontramos en el concepto libertad. Para Martí uno de los objetivos cardinales de la educación en nuestros pueblos es el logro de la libertad individual del hombre que se obtiene, entre otros factores, elevando el nivel cultural, como vía para alcanzar la libertad plena de los pueblos, lo que no significa que alcanzar la libertad del pueblo, elemento que puede estar asociado al logro de la independencia, sea demostración absoluta del logro de la libertad individual de los hombres, aunque sí un paso esencial hacia ella.

La libertad de los pueblos se forja en el yunque que representa el nivel de instrucción y educación de sus habitantes, allí y solo allí, con el conocimiento del mundo, de sus causas y consecuencias, de su historia, de las leyes que rigen la naturaleza, la sociedad y el pensamiento de los hombres, es que se puede ser realmente libre.

Este tipo de educación –no escolarizada–, debe ser flexible, tanto o más que la escolarizada, en correspondencia con el nivel alcanzado por el individuo, sus intereses personales, sus motivaciones y las necesidades de sus países de origen, ello implica que no puede funcionar con recetas prefijadas, no obstante, tiene una única constante, el estímulo a la razón del hombre, al «apetito del saber». (VIII, 290)

Por otro lado, esta forma de enseñanza no puede descuidar, de ningún modo, la educación de los sentimientos, de lo afectivo en el hombre, del amor, «He ahí, pues, lo que han de llevar los maestros por los campos, no solo explicaciones agrícolas e instrumentos mecánicos; sino la ternura, que hacen

³ Sotero Figueroa en *Patria*, Nueva York, 25 de junio de 1835, p. 2.

tanta falta y tanto bien a los hombres». (VIII, 289) Transparenta esta acotación un principio cardinal para la educación del hombre planteado por la psicología y que a su vez es un arma esencial para la educación: «El principio de la unidad de lo afectivo y lo cognitivo», el cual plantea que en la formación de la personalidad, tanto el afecto como la razón marchan a la par en el funcionamiento del hombre, es decir, la unidad de su dinámica y su contenido.

En escritos de varias épocas, el Apóstol señaló criterios novedosos de educación no escolarizada, lo que demuestra su constante preocupación por este tema. Para él, llevar las verdades a las masas populares era la clave del logro de la paz, la elevación espiritual del hombre y la grandeza de su pueblo, por lo que «Es necesario mantener al hombre en el conocimiento de la tierra y en el de la perdurabilidad y trascendencia de la vida». (VIII, 288)

Estas ideas no se contradicen con las expresadas sobre la educación escolarizada, muy por el contrario, se convierten en un plan de enseñanza práctica para determinado lugar y circunstancias histórico-sociales concretas. Ambas formas se complementan en la estrategia pedagógica martiana.

Esta alternativa pedagógica no escolarizada, sorprende por su actualidad, a más de cien años de concebida, pues anticipa lo que actualmente conocemos como enseñanza alternativa, que constituye una aspiración abrazable para la educación en América Latina, especialmente en las zonas rurales y para la población marginal urbana y semiurbana, como plantean pedagogos en la actualidad.

La educación a distancia

En su afán de coadyuvar a la formación de la niñez latinoamericana, Martí diseñó un proyecto de educación a distancia, como una nueva alternativa pedagógica: «La Educación a distancia es un sistema de comunicación masiva y bidireccional que sustituye la interacción personal en el aula de profesor-alumno como medio preferente de enseñanza, por la acción sistemática y conjunta de diversos recursos didácticos y el apoyo a una organización tutoreal que propicia el aprendizaje autónomo de los estudiantes».⁴

Una de las vías que utilizó el Maestro o tutor de los niños de América Latina para educarlos a distancia fue la publicación de la revista para niños y jóvenes *La Edad de Oro*, aparecida en 1889 y de la cual solo se publicaron cuatro números.

La Edad de Oro, es una revista escrita para los niños de América de finales del siglo XIX, es decir, para los que serían los del siglo XX y tendrían que enfrentar un peligro sumo que se abalanzaba sobre los pueblos, el naciente imperialismo norteamericano. Es además, una obra de arte de calidad mayor, es, en suma, un proyecto para la formación del hombre de Latinoamérica bajo esas nuevas condiciones históricas y la síntesis del ideario pedagógico martiano.

⁴ Víctor Morales: «Sobre los sistemas nacionales dominantes de postgrados. Tendencias y perspectivas», p. 3.

El propósito que anima al escritor de *La Edad de Oro* es llenar nuestras tierras de hombres originales y felices, así lo afirma en su carta a Manuel Mercado del 3 de agosto del año 1889. A través de su publicación diseña el tipo de hombre que debe existir en América Latina al cual concibió de la forma siguiente:

- Carácter entero de cada uno: Cultura de la persona.
- Hábito de trabajar con sus manos: Cultura del trabajo.
- Pensar por sí propio: Cultura del pensamiento.
- Ejercicio íntegro de sí y de los demás: Cultura de las relaciones interpersonales.
- Pasión por el decoro del hombre: Cultura de la moral.⁵

En cada uno de los escritos que aparecen en la revista, en sus relatos, poemas, en los contenidos de sus cuentos y fábulas, proyecta su diseño de hombre latinoamericano, desde la primera página hasta el reverso de contraportada de la edición facsimilar, donde señala ideas interesantísimas y esclarecedoras, que son casi siempre olvidadas en las numerosas ediciones de *La Edad de Oro* publicadas en forma de libro. Estas ideas son la clave que nos indica el tipo de lectura que deseaba el Maestro para su obra, y que nos proporciona un mayor placer al leerlas, en ella se ven reflejadas sus intenciones al redactar los cuatro números conocidos que no solo van dirigidos a los niños, también a sus padres.

Un sabio hábito familiar es el que los padres lean a sus hijos, una costumbre tan vieja como el hombre mismo, y es tal vez, la primera forma de instrucción y educación que recibe el niño. Esto lo conoce y aprovecha Martí para educar no solo a los hijos, sino a toda la familia, por ello concede a su obra una estructura pedagógica sutilmente orientadora, que subyace en cada artículo, respondiendo a necesidades e intereses determinados y problemas reales, a los cuales ofrece una solución coherente y factible. Este aspecto previsto por Martí, es hoy un principio medular de la educación.

Su obra está destinada a la autodirección del aprendizaje, pues posee un aparato gnoseológico, formado por un conjunto de conocimientos disímiles y adecuadamente seleccionados, que abarcan numerosos y variados temas, como reconoce el propio autor cuando dice: «cada número contiene una lectura que interesa como un cuento, artículos que son verdaderos resúmenes de ciencia, industrias, artes, historia y literatura, junto con artículos de viajes, biografías, descripciones de juegos y de costumbres, fábulas y versos».⁶

Como se observa el maestro Martí maneja de forma excelente un sistema metódico interno en que se aprecia el trabajo dialéctico con las categorías *instrucción* y *educación* sustentadas por el principio de la *unidad de lo afectivo y lo cognitivo*. El es muy consciente de este propósito porque afirma que «Los temas escogidos serán siempre tales que, por mucha doctrina que lleven en él,

⁵ Roberto Hernández Bioska, en *Islas*, n. 110; enero-marzo, 1995.

⁶ José Martí: *La Edad de Oro*, ed. facsimilar, Casa Editora Abril, La Habana, 1989 (en reverso de contraportada).

no parezca que la llevan, ni alarmen al lector de pocos años con el título científico, ni con el lenguaje aparatoso».⁷

Toda *La Edad de Oro* posee un sistema de instrucción adecuada y útil⁸ dirigido a la formación de valores morales y constituido por enfoques, puntos de vista, criterios, lo que integra la orientación ideológica que debía poseer el latinoamericano del siglo xx, ello queda claramente expresado en personajes protagónicos como: Bebé, Pilar, Piedad, o en versos que traduce y adapta como «Los dos príncipes», o en sus reflexiones en el artículo «Músicos, poetas y pintores», en sus «Dos milagros», por solo citar algunos de ellos.

También estimula mecanismos encaminados al desarrollo de habilidades del pensar a través de la definición, la narración, la comparación, la generalización y la valoración y a la formación de sentimientos de amor, amistad, de valores como la solidaridad, honestidad, el amor a la patria, al trabajo. Todo ello explícitamente señalado por el mismo Apóstol cuando se dirige al niño: «La empresa de *La Edad de Oro* desea poner en manos del niño de América un libro que lo ocupe y regocije, le enseñe sin fatiga, le cuente en resumen pintoresco lo pasado y lo contemporáneo, lo estimule a emplear por igual sus facultades mentales y físicas, a amar el sentimiento más que a lo sentimental».⁹

Otro elemento del proyecto martiano es el goce estético que produce en cada lector, aspecto no menos importante que los anteriores. Se preocupaba por la belleza de las ideas literarias, poéticas y plásticas presentes en la obra, por el lenguaje exquisito, por la calidad de las ideas éticas expresadas en formas imaginísticas y simbólicas, aspirando a formar –estimulados por el impacto emocional que recibe el lector–, sentimientos de gustos estéticos y valores morales.

También se aprecia el empleo de los recursos metódicos de la comunicación participativa que él concebía. Esta es una forma de educación a distancia que acontece entre el niño como si le hablara, o para que lo escuchara en voz de sus padres; este mecanismo es sumamente efectivo, pues el autor se acerca al lector, rompiendo las numerosas barreras comunicativas que podría encontrar y encuentra normalmente en muchos textos.

Martí tampoco renunció a otro momento importante de la comunicación, la *retroalimentación*, cuando reclama la correspondencia, o sea, que los niños se comunicaran con él a través del correo, de esta forma el tutor podía evaluar individualmente el resultado del aprendizaje, reorientándolo directamente en caso que fuese necesario.

La obra es portadora de la atmósfera pedagógica que se crea en la educación a distancia, verdadera revelación en el momento histórico en que apareció la revista, cuando estas formas tan comunes en la actualidad, no habían aparecido.

⁷ Idem.

⁸ Idem.

⁹ Idem.

No obstante, *La Edad de Oro* es una obra que funciona perfectamente en la educación escolarizada y no escolarizada, como ha sido demostrado por su inclusión en los planes de estudio de la primera y en las actividades correspondientes de la segunda no solo en Cuba, pues esta obra al igual que numerosos poemas y versos de nuestro Apóstol son empleados desde hace tiempo en muchos sistemas educacionales de los pueblos de Nuestra América.

Otra de las formas aplicadas por Martí para desarrollar la educación a distancia es la numerosa correspondencia que intercambi6 con disímiles personas, de diferentes edades, procedencia social, sexo, con distintas motivaciones, etcétera. Martí siempre que escribía lo hacía con un profundo sentido ético, por lo tanto educativo. Si algùn sentido hay que otorgarle a las lecturas de su obra en general y en particular de sus cartas, es un sentido ético, en ellas se refleja su lucha por revelar lo mejor del hombre, porque predominaran en él las conductas morales positivas.

Las cartas a las hermanas Mantilla, Carmencita y María, son quizás el ejemplo más vívido de la labor educativa a distancia desarrollada a través de su correspondencia, aunque no la única. En estas cartas se sintetizan los valores positivos como la generosidad, la honradez, el desprendimiento, la limpieza del alma, por lo que Martí les dice «Haz como yo: Haz algo bueno cada día en nombre mío» (XX, 214). Estas cartas son portadoras de innumerables consejos útiles para los educadores.

Como puede apreciarse, José Martí llevó la luz de la enseñanza a toda Nuestra América, democratizó su saber, a través de diferentes formas alternativas, promovió una educación para todos y buscó los más variados métodos para llegar al ser humano, todo lo cual nutre y sustenta las principales concepciones de la educación cubana actual.